

Reseña de Laura FELIU y Ferrán IZQUIERDO-BRICHES (eds.) (2019): *Communist parties in the Middle East: 100 years of History*. Londres/Nueva York, Routledge.

Daniel Gil-Benumea Flores
 Universidad Complutense de Madrid
daniel.gil@ucm.es
<https://orcid.org/0000-0002-2384-0040>

Para citar este artículo: Daniel GIL-BENUMEYA FLORES (2020), Reseña de Laura FELIU y Ferrán IZQUIERDO-BRICHES (eds.) (2019): *Communist parties in the Middle East: 100 Years of History*, Londres/Nueva York : Routledge en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 28, pp. 225-229.

Cien años de historia no caben en una lectura rápida. Esta obra monumental en trabajo, tamaño y precio, coordinada por dos reconocidos especialistas en historia contemporánea y relaciones internacionales del mundo árabe e islámico contemporáneo de la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB) y en la que participan dieciocho autores y autoras, cubre un hueco en una literatura escasa tanto de obras generales como de análisis de casos, y parece destinada a perdurar como referencia ineludible a la hora de investigar la historia de la política en la región, y específicamente la del movimiento comunista y la izquierda. Su publicación, además, adquiere un especial significado para los mitómanos de Octubre, teniendo en cuenta que se sitúa cronológicamente entre los centenarios de dos acontecimientos fundacionales: la Tercera Internacional (marzo de 1919) y el Primer Congreso de los Pueblos de Oriente (septiembre de 1920).

Como señala Musa Budeiri, uno de los autores, la fundación de la Tercera Internacional fue producto, a la vez, del triunfo de la Revolución en Rusia y de su fracaso en el resto de Europa (p. 129). Cuando, pocos años después, el nuevo Estado soviético pusiera en marcha la construcción del «socialismo en un solo país», la Internacional y sus secciones locales —los partidos comunistas— se configurarían, no sin tensiones, como un instrumento de su política exterior. La «política oriental» iniciada por Lenin en 1920, cuya puesta en escena fue el Congreso de los Pueblos de Oriente celebrado en Bakú, acicateó la creación de organizaciones comunistas en Oriente Medio y el norte de África, donde los efectos de la Revolución rusa no se habían hecho sentir como en Europa. Bajo la égida soviética, sin embargo, dichas organizaciones no se dedicaron tanto a explotar el potencial revolucionario de «Oriente», del que hablaba el líder tártaro bolchevique Mirsaid Sultan-Gáliev, sino a configurarse como agentes (a veces pasivos) de la estrategia soviética frente a la influencia francesa y británica primero, y estadounidense después. El patrocinio soviético permitió que surgieran, fueran viables y, en algunos casos, que tuvieran

REIM Nº 28 (junio 2020)

ISSN: 1887-4460



cierta influencia política a nivel de gobierno —o incluso que gobernarán, como en Yemen y Afganistán— partidos comunistas (PC) que contaban con muy escasa implantación social, en parte debido al carácter importado y poco dúctil de sus análisis políticos. Pero, al mismo tiempo, dicho patrocinio lastró aún más la capacidad de estas organizaciones para realizar análisis propios y originales de la situación social en la que se desenvolvían y de traducirlos en acciones políticas significativas, lo que quizás hubiera estado más acorde con el espíritu original de la «política oriental». Y decimos *quizás*, porque los intereses de la *realpolitik* fueron significativos ya en las etapas iniciales de la creación del Estado soviético. El asesinato de Mustafa Suphi y otros líderes del Partido Comunista Turco en enero de 1921, enmarcados por la incipiente política de amistad turco-soviética, o el aplastamiento de la República Soviética de Gilán, en Irán, el mismo año, serían ejemplos tempranos de esos intereses contradictorios.

El libro se abre con un extenso estudio preliminar, a cargo de los dos editores y de Francesc Serra, como ellos profesor de relaciones internacionales en la UAB, en el que se plantea un recorrido por la historia de los PC en la región, desde esas etapas fundacionales al calor de la Revolución rusa —si bien en varios casos se trata de fundaciones más tardías, como los PC de Iraq o Marruecos, por poner dos ejemplos— hasta la crisis y las transformaciones experimentadas primero con las propias evoluciones de la política soviética tras la etapa de Stalin, lo que incluye el auge de las nuevas izquierdas en los años sesenta, setenta y ochenta; después, con el auge del neoliberalismo y sus efectos en las sociedades de la región, y finalmente con la desaparición de la URSS, la crisis general de la izquierda y la evolución de una parte de la misma hacia la organización u otras recomposiciones, como el altermundialismo. El estudio trata de hallar algunos elementos comunes a la multiplicidad de casos, que responde a lo diverso de las situaciones sociales de partida en la amplia región estudiada. Entre esos elementos comunes, destacan, como se ha apuntado más arriba, las tensiones que tuvieron que enfrentar los PC en la región a lo largo de toda su historia entre sus propias apuestas estratégicas y las que venían impuestas por los intereses soviéticos. Esas tensiones se manifestaron, por ejemplo, en las sucesivas instrucciones lanzadas por la URSS en favor ora del anticapitalismo, ora del frentepopulismo, en las alianzas y contradicciones que planteaba la lucha contra la colonización, así como la relación de competencia y cooperación con otras ideologías como los nacionalismos, el panarabismo, los «socialismos» nacionalistas y el islamismo político, que acabó ganando hegemonía en el terreno de la contestación social.

La exposición cronológica en ese estudio preliminar puede resultar algo repetitiva —aunque se hace desde perspectivas distintas e incide en diferentes elementos—, quizás como efecto de haber sido escrita a seis manos. Hay varias ideas que se repiten bajo diferentes epígrafes: la discreta influencia ejercida por la Revolución rusa en Oriente Medio y el Magreb, en comparación con la onda expansiva de la misma en Europa, la sujeción de la Tercera Internacional a los intereses soviéticos, las dificultades planteadas por los frentepopulismos y alianzas con la burguesía, las apuestas de la política exterior soviética en la región, no siempre coincidentes con las líneas de los PC, la influencia de la cuestión palestina o finalmente la pérdida de terreno frente al islam político. Quizás habría sido más útil una sola cronología. Por otro lado, los autores de este estudio preliminar anuncian un análisis centrado en la sociología del poder cuyos mimbres teóricos se explican, pero que después no parece reflejarse, al menos de manera clara, a lo largo de la obra. El estudio se cierra con una explicación de la estructura del libro, que a nuestro juicio hubiera ido mejor al principio, como elemento separado. En cualquier caso, resulta indudablemente útil para saber qué nos podemos encontrar.

La obra se estructura en dos partes. La primera se centra en las organizaciones comunistas a través de varios estudios de caso locales, mientras que la segunda explora algunas de las transformaciones, convergencias y derivas experimentadas por las mismas o por otras experiencias organizativas de inspiración comunista. Los capítulos de la primera parte tienden a seguir un patrón común, en la medida en que tratan de responder a las mismas cuestiones: las tensiones que mantuvieron los distintos partidos comunistas entre su fidelidad a una línea ideológica elaborada en un contexto europeo y el desarrollo de análisis propios; el seguidismo hacia la política soviética o la actuación según sus propios intereses locales; la actitud hacia los regímenes políticos y la política de élite frente a la pretensión—no siempre lograda— de involucrarse en los movimientos populares. Asimismo, se aborda la actitud en relación con diferentes cuestiones como el anticolonialismo, el antiimperialismo o las políticas económicas puestas en marcha por los regímenes poscoloniales. Así, siguiendo un orden que parece dictado por la geografía, se empieza con la historia del movimiento comunista en Irán, a cargo de Yasmine Mather, muy ligado a la historia temprana del comunismo en Asia central, igual que ocurre con el caso del PC turco, que se aborda a continuación. Este último, explica Bülent Gökay, existió casi exclusivamente gracias al patrocinio soviético pero también fue desde su misma creación víctima de la alianza estratégica del gobierno anticomunista de Kemal Atatürk con la URSS. A continuación se aborda la historia del PC de Iraq, que, al contrario que el anterior, tuvo un rol fundamental hasta los años ochenta del pasado siglo, y especialmente tras el derrocamiento de la monarquía en 1958, como señala Johan Franzén. Seguidamente, Rosa Velasco Muñoz analiza los casos de los PC de Siria y Líbano, que originalmente formaban una unidad orgánica, y Musa Budeiri se introduce en el espacio compartido por comunistas árabes y judíos en Palestina y las dificultades derivadas de esta convivencia política entre colonizados y colonizadores. Bárbara Azaola aborda el rol político desempeñado en Egipto no específicamente por el PC, sino por el conjunto del movimiento comunista, así como el papel de la izquierda en la revolución de 2011, con lo que amplía el marco temporal más habitualmente seguido por la mayoría de los capítulos. John Ishiyama analiza a continuación la simbiosis entre la Unión Democrática Popular, el Frente de Liberación Nacional y el Partido Socialista del Yemen en Yemen del Sur, uno de los dos países de la región que formaron parte del llamado «campo socialista» (el otro es Afganistán). Abdullahi A. Ibrahim examina la historia del PC de Sudán centrándose en las tensas relaciones que mantuvo con el PC de la Unión Soviética debido a su afán de salvaguardar su autonomía y de «aplicar creativamente el marxismo a la realidad de Sudán» (p. 185). El recorrido termina en el Magreb, con los análisis que realizan Pierre-Jean Le Foll-Luciani y Bernabé López García. El primero se refiere a la particular situación del movimiento comunista argelino, en su relación con el PC francés, con el colonialismo, con el nacionalismo argelino y el Frente de Liberación Nacional (FLN) y por último, con el islamismo. Mientras que el segundo analiza la evolución de los comunistas marroquíes a través de sus distintas siglas y las complejas relaciones que mantuvieron tanto con el movimiento nacionalista marroquí, antes de la Independencia, como con el régimen posterior, donde se movió entre la exclusión y la cooptación.

En esta diversidad de historias encontramos, como es lógico, muchos elementos recurrentes, como las complejas relaciones con la Unión Soviética, en algunos casos, con los PC de las metrópolis coloniales en otros, y con los movimientos nacionalistas en prácticamente todos. También observamos cómo los PC tendieron muchas veces a ser un espacio de militancia para grupos minorizados y subalternos (mujeres, comunidades etnorreligiosas minoritarias) pero también de minorías socialmente dominantes (colonos, clases acomodadas). Si bien esta tendencia trató de corregirse conscientemente en algunos casos, buscando un perfil de militancia y de dirigencia más afín a las mayorías nacionales y sociales, se trata de un asunto recurrente que parece agudizarse con la emergencia de la «nueva izquierda». De igual forma, vemos cómo muchos PC de Oriente

Medio y el Norte de África, de forma parejaa sus homólogos europeos, cultivaron la tradición de los liderazgos fuertes, incluso vitalicios, como los de Ali Yata en Marruecos o Khaled Bakdash en Siria.

Centrar el análisis en los PC tiene la ventaja de poder acotar el campo de investigación a unos agentes políticos más o menos bien definidos. Sin embargo, es evidente que la historia de los PC no agota la experiencia de la izquierda, ni mucho menos las propuestas que pudiéramos llamar socialistas o progresistas, en sentido amplio. De ahí esa segunda parte en la que se plantean las derivas e intersecciones de la llamada «nueva izquierda», que sin embargo necesariamente debe limitarse a unos cuantos estudios de caso. Este bloque, por tanto, se centra en analizar algunos ejemplos significativos de encuentros, desencuentros e intersecciones de los PC con otros sectores políticos, como el islamismo, las nuevas izquierdas y el feminismo. Egipto y Líbano son los escenarios privilegiados. Luz Gómez escribe sobre la «convergencia paralela» de comunistas e islamistas en el mundo árabe, esto es, las coincidencias parciales e intereses comunes de proyectos que tienen genealogías y bases ideológicas, en principio, muy diferentes. Resulta de especial interés cómo analiza la autora la fascinación que ejerció el ciclo revolucionario de principios del siglo XX en algunos de los islamistas de la primera ola, como Rashid Rida, y, a la inversa, la «fascinación del islam» (Rodinson) y hasta del islamismo en una parte de la izquierda a finales del mismo siglo, con experiencias como las de Adil Husain. Aunque el capítulo de Luz Gómez se refiere en general al mundo árabe, presta una especial atención a Egipto y a los Hermanos Musulmanes. Laura Galián, por su parte, se refiere a las evoluciones antiautoritarias de una parte de la izquierda en Egipto tras las ambivalencias generadas por la relación con los regímenes autoritarios de Naser y Sadat y el agotamiento de las experiencias del socialismo árabe. Galián parte de la trayectoria del ideólogo y militante antiautoritario Samih Said Abud, que extrapola a la experiencia de una generación, e incluye en su análisis la revolución de 2011.

En lo que hace al Líbano, Laure Guirguis analiza la emergencia de la nueva izquierda libanesa en los años sesenta y setenta del siglo pasado, como reacción tanto a las ideologías panarabistas entonces dominantes como al comunismo de matriz soviética, y aborda también los análisis y estrategias desarrollados en relación con la compleja composición de la sociedad libanesa, y en particular con la cuestión palestina, que en el Líbano, como en otros países vecinos, ha formado parte de la política y la sociedad locales. El Líbano es también el escenario preferente para abordar la relación entre la izquierda y la cuestión de género en la región, a través de una entrevista de Natalia Ribas-Mateos a la activista libanesa Azza Chararah Baydoun, con la que se cierran esos cien años de historia que aborda el libro. El colofón lo pone un índice onomástico, que es una brújula imprescindible y muy de agradecer en una obra de estas características.

Digamos por último que, puesto que el libro no establece claramente los límites de la región estudiada, a la que se alude con distintos nombres —*the Middle East, Middle East and North Africa, the MENA region, the Arab World and the Middle East, the Arab and Islamic world, the Islamic world...*—, cabe preguntarse por la ausencia de algunos casos relevantes. El más palmario es quizás el de Afganistán, uno de los dos países de la región (al menos en su delimitación más amplia) que fue parte del «bloque socialista» y que tuvo un papel importante en la desaparición de la Unión Soviética. No obstante, el caso de Afganistán es abordado de manera tangencial por John Ishiyama en el capítulo sobre Yemen, donde analiza algunos paralelismos y diferencias de la experiencia comunista yemení respecto a la afgana. Es más comprensible la ausencia de Pakistán, cuyo movimiento comunista fue en realidad el de la India, por lo que abordarlo habría excedido el

marco de Oriente Medio en cualquiera de sus definiciones. Y, por último, también habría sido interesante un mayor desarrollo de los pasos iniciales del comunismo en las repúblicas soviéticas de mayoría musulmana, aunque quizás estas quedan fuera de lo que geopolíticamente se considera Oriente Medio.

En la segunda parte, puesto que no hay voluntad de exhaustividad y lo que hace es espigar algunos casos, se privilegian las experiencias locales de Egipto y Líbano, así como las intersecciones con el islamismo y el feminismo, pero quedan fuera muchas otras. En el caso palestino, por ejemplo, las del Frente Popular y el Frente Democrático, de inspiración leninista, y otros agentes de la resistencia palestina, que son mencionados en el capítulo sobre la nueva izquierda libanesa de Laure Guirguis. O la experiencia de la nueva izquierda en Marruecos, y en particular del grupo Ila Al Amam y sus evoluciones posteriores, mencionado brevemente por Bernabé López. O, por último, habría sido particularmente interesante un mayor tratamiento de la evolución de la izquierda iraní después de la revolución de 1979, que es esbozada por Yassamine Mather, así como las complejas experiencias locales de convergencia con el islamismo. Nuestra intención con esto no es señalar carencias sino apuntar lo inagotable del terreno de estudio, que solo en lo tocante a las nuevas izquierdas, sus convergencias y sus experiencias afines daría para un nuevo libro de las mismas características. En definitiva, como se ha dicho al principio, *Communist parties in the Middle East* es una obra monumental destinada a convertirse en referencia para la historia de los movimientos políticos en la región, y para la del movimiento comunista en su conjunto.